

Aportes del cristianismo a la política

...a propósito de la crisis de la DC

Está por verse si quienes ya no pueden ser una alternativa *entre* el capitalismo y el marxismo, podrán ser capaces hoy de seguir buscando y ofreciendo opciones más humanas y equitativas *dentro* de esta globalización del capital y del individualismo.

LA CRISIS DE LA DC

La expulsión de un senador y la renuncia de seis parlamentarios, algunos dirigentes y militantes, hechos acompañados de un complejo clima interno y una difícil coyuntura electoral, parecen estar indicando una situación crítica, cuando no una crisis en el Partido Demócrata Cristiano (DC). La crisis de los años 1969 y 1971, cuando se escinden del tronco demócratacristiano el Mapu y la Izquierda Cristiana, fue fruto de confrontaciones con profundo sentido ideológico. Mientras la distancia de ese momento nos oculta los egos en pugna, querellas internas y caudillismos, la cercanía de la actual crisis hace que parezcan primar las disputas personales y los incordios entre grupos por sobre el debate de ideas.

Paradójicamente esto ocurre luego de un reciente *congreso ideológico*, que pretendía ser –y que para muchos de sus participantes fue– un reencuentro tanto con su ideario, principios y doctrina, como con líneas, resoluciones y propuestas programáticas. Los acuerdos allí alcanzados pudieran ser signo de una vitalidad y robustez mayor que la impresión que dejan las declaraciones destempladas y estridentes.

CRISIS DE LA CONCERTACIÓN

Algunos sostienen que la hipotética crisis de la DC hace parte de la crisis de la *Concertación*, una coalición exitosa que, habiendo logrado su objetivo de transitar de la dictadura a la democracia, ya mostraría signos de descomposición. Las acusaciones de corrupción y malversación, de tener cooptado el aparato estatal en su beneficio, de permitir la existencia al interior de sus partidos de verdaderas mafias clientelares, se suman a las denuncias de errores, ineficacias y deficiencias administrativas, de lo cual el *Transantiago* ha sido un desastre emblemático. La Concertación ya habría cumplido los tres desafíos mayores que le dieron origen: avanzar

Eduardo Silva Arévalo S.J.

Decano Facultad de Filosofía y Humanidades U. Alberto Hurtado

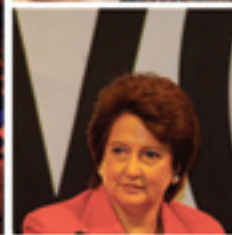
Profesor de Teología P. U. Católica

en la recuperación de la democracia, en un crecimiento con más equidad y en lograr mayor verdad y justicia en materia de derechos humanos. Lo hizo “en la medida de lo posible” y condicionada por restricciones políticas –una Constitución impuesta y un ex dictador que siguió siendo comandante en jefe del Ejército– y por restricciones económicas –un modelo heredado que demostraba ser exitoso y que en vez de abandonar ha preferido ir modificando paulatinamente. Sus detractores afirman que cumplido su cometido y ha perdido su razón de ser: careciendo de un nuevo ideario y de un relato que le impida convertirse en una coalición que solo se justifica para mantener el poder en sus manos, lo que correspondería es *desalojarla* para que, gobernando la *Alianza por Chile*, nos beneficiemos de la alternancia en el poder.

CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS

La supuesta falta de ideas de la DC, de la Concertación y de los partidos políticos en general, se asocia a la impresión de que ellos hoy no canalizan concepciones del bien común ni ideologías orientadoras, sino que se convierten en meros instrumentos de acceso al poder para camarillas y compadrazgos. Los personalismos y los grupos de poder que privilegian sus propios intereses por sobre los del colectivo, esconderían una crisis más estructural de la política y de las instituciones en general. Hay quienes la vinculan al supuesto fin de los grandes relatos, de los sueños compartidos, de las ideologías. Alguno llegó a sostener *el fin de la historia*. Supuesto el fin de los fines en aras del privilegio de los medios, el interés recae sólo en los procedimientos, las gestiones y administraciones que requieren de técnicos más que de políticos.

Es indudable que las circunstancias han cambiado. Ciertamente la desaparición del marxismo es un hecho macizo que no puede dejar de conmover a un proyecto social cristiano que se levantó como su alternativa. Por de pronto, bastaría con recordar el fin de los socialismos reales para explicar parte de la crisis tanto del *catolicismo reformado* –una vía media entre capitalismo y marxismo– como del *cristianismo revolucionario* que se quedó sin aliado estratégico.



Hoy en cambio lo que tenemos delante es el capitalismo globalizado a nivel planetario. También, un individualismo que pareciera sustentarse en una concepción atomista de la sociedad, en la que el cuerpo social sería sólo la suma de sus individuos. La globalización del capital y del individualismo se aviene bien con las tesis que pregonan el fin de la modernidad en un tiempo que, etiquetado como posmoderno, privilegia el presente, la ausencia de proyectos, los fragmentos, el pluralismo y la diversidad. Globalización y posmodernidad ponen en cuestión, no solo a los estados nacionales y a las comunidades tradicionales, sino a la posibilidad misma de construcción del todo social y de deliberación sobre el bien común. La radicalización del individualismo parece derivarse bien de la primacía de los derechos individuales del liberalismo político. No es claro que la trayectoria latinoamericana hacia esta modernidad tardía pueda revertir la apuesta de la modernidad ilustrada por sociedades que son fruto del contrato de individuos, en desmedro de comunidades y tradiciones constituidas por personas.

CRISIS DE LA DOCTRINA SOCIAL

Sin desconocer ninguno de los factores reseñados, nos preguntamos si la supuesta crisis de la DC no alcanza también al cristianismo como fuente de inspiración en política. La aparente ausencia de ideas de un partido que las recibió muy directamente de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) obliga a preguntarnos por la eventual crisis de esta última. Es indudable que la DC

tiene su origen en el catolicismo social, en la inspiración cristiana de muchos de sus dirigentes y miembros de base, en su intento por llevar el evangelio a la política. ¿La aparente sequía ideológica de la DC tendrá acaso su origen en las dificultades para aplicar y actualizar la DSI? ¿Será este no sólo el problema de un determinado partido político que se ha inspirado en el cristianismo, sino de este mismo que ya no es capaz de aportar a la política moderna? Quizás los tiempos que corren ya no requieren de este aporte que fue válido para otros momentos, pero irrelevante en las actuales circunstancias, llenas de secularización, individualismo y pragmatismo.

Los análisis que diagnostican crisis en la DSI no son nuevos: algunos aluden a las dificultades de un método deductivo que aplica principios a la realidad, cuya dependencia del derecho natural le hace difícil valorar lo histórico; otros estiman que la magnitud de los cambios han hecho caducar sus análisis y vuelto irrelevante propuestas que nacieron muy vinculadas a la cuestión social, a la clase obrera, a ser una alternativa frente al marxismo. Hay quienes estiman que la falta de competencia de la Iglesia en estas materias aconseja más bien un repliegue a cuestiones “más propias”, privilegiando temáticas referidas a la moral personal por sobre las de moral social, ámbito que tiene que ver con la caridad más que con la justicia.

Pero quizás, en la base de varias de estas cuestiones está la impresión de que ya no es posible modelar políticamente la sociedad, pues no existe un centro desde el cual ello se pueda

hacer, ni sujetos con tal capacidad. Parte de la sociología contemporánea sostiene que la sociedad es un conjunto de sistemas autorregulados, espontáneos, automáticos y que cualquier esfuerzo por conducirlos es ingenuo y voluntarista¹. Frente a estos sistemas, la pretensión moderna de hacer del Estado o de la política el articulador del conjunto, no pasaría de ser uno más de sus proyectos desmesurados. Tal pretensión se anidaría también en una enseñanza social que sostiene que la máxima expresión de la caridad es la política y que propone conceptos normativos (desarrollo integral, justicia social, democracia, derechos humanos, bien común, solidaridad o subsidiariedad) a una sociedad compleja y funcionalmente diferenciada que ya no sería moldeable intencionalmente. La crisis sería de cualquiera que pretenda —como lo hace esta revista— sacar las consecuencias sociales del evangelio.

LOS APORTES DEL CRISTIANISMO

Frente a estos cuestionamientos, que debemos acoger con la seriedad que merecen, sostenemos que la fe en Jesucristo nos preserva de la tentación —tan propia de lo religioso— de replegarse en la intimidad, lo privado y lo espiritual, desentendiéndose de lo social, lo público y lo corporal. Las dudas sobre las posibilidades de transformar la realidad sociopolítica inducen a ocuparse de las relaciones personales, privilegiando el amor como lo más propio de la comunidad cristiana en desmedro de la justicia que correspondería a otros. Afirmamos, por el contrario, que la fe no solo nos urge a la caridad y tiene implicaciones sociales, sino que profundas consecuencias políticas, pues es una fe que busca la justicia, el mayor bien posible para todos y todas, en un mundo que anhela ser liberado y cuyas víctimas —que son la mayoría del planeta— siguen clamando al cielo.

Los aportes cristianos a la política moderna no le son exclusivos, pero le son tan propios que se encuentran en todo el plural abanico de versiones del cristianismo. Nos centraremos aquí solo en tres de una serie que hemos explicitado en otra parte y que vemos muy vinculados al catolicismo latinoamericano². Se trata de aportes ético-políticos que se basan en la fe en el Dios anunciado por Jesús. Una fe que nos hace confiar en la bondad de la creación a pesar de la adversidad, que afirma la posibilidad de reconciliar fe y razón sin tentaciones fundamentalistas ni integristas, y que confía en los esfuerzos de la razón —en este caso en la razón moderna, ilustrada y tardía— por alcanzar mayor justicia y progreso. Una buena fe que preña la historia de caridad y esperanza.

El primer aporte del catolicismo a la política es la *opción preferencial por el pobre*. Es quizás el aporte teológico y magisterial más característico y significativo que la Iglesia latinoamericana ha

dado a la Iglesia universal. El Papa Benedicto XVI ha dicho en el discurso inaugural de la Conferencia del episcopado de Aparecida que “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros” (13) y los obispos latinoamericanos nos han reiterado que en el rostro de los pobres encontramos al mismo Cristo. Es una opción del mismo Dios de ineludibles consecuencias éticas y es guía segura para cualquier partido político que pretenda inspirarse en el cristianismo. Un criterio de universalidad, pues sólo el bien de los más débiles garantiza el bien común. Una exigencia política de incluir a los excluidos, de luchar por su liberación y de hacer de nuestra patria, que sigue siendo una “comunidad de desiguales”³, una tierra menos segregada, sectaria y clasista.

El segundo aporte del catolicismo es la *construcción de vínculos no abstractos*. Se trata de un asunto crucial si es verdad que los procesos de mercantilización, despoliticización e individualismo que acompañan esta modernidad tardía globalizada están contribuyendo a la disolución de nuestras comunidades históricas en sociedades sin atributos, sin identidad, sin peculiaridades culturales. Las identidades particulares surgen del reconocimiento de vínculos que solo son posibles si los sujetos se reconocen por su pertenencia a una realidad que los antecede⁴. La vida en la polis supone la existencia de comunidades o asociaciones que reconocen a sus miembros y les otorgan identidad y pertenencia. Es un reconocimiento que exige una tarea política pues es imprescindible reequilibrar la actual relación entre el individuo y la comunidad, modificando una ideología, un orden y un modelo que no sólo no ofrecen seguridad, protección ni refugio, sino que disuelven los vínculos, desconocen las identidades colectivas y sostienen que cada individuo lucha en solitario o a lo más formando parte de alguna tribu de turno. El ethos propiciado por el liberalismo y por los procesos de globalización alienta estos desequilibrios.

El tercer aporte es justamente ofrecer un *ethos de vida buena*, una serie de ideales de excelencia y propuestas de felicidad para las personas y las comunidades. Mientras el liberalismo relega estos asuntos al plano privado —pues en el público sólo podemos acordar procedimientos— el cristianismo estima que la buena noticia que anuncia es para que tengamos vida (y abundante) en todos los planos: el personal y el político, el social y el sexual, el familiar y el ecológico, el religioso y el económico. En todos

La fe no solo nos urge a la caridad y tiene implicaciones sociales, sino que posee profundas consecuencias políticas: busca la justicia, el mayor bien posible para todos, en un mundo que anhela ser liberado.

¹ Cf., Patricio Miranda, “¿‘Desarrollo integral’ o ‘prejuicio humanista’?: Una problematización de supuestos en la DSI”, *Teología y Vida*, Vol. XLVIII (2007), 25-40.

² Cf., E. Silva, “América latina. ¿Hacia una modernidad católica?”, *Mensaje*, diciembre 2006, 31-36.

³ José Bengoa, *La comunidad reclamada. Identidades, utopías y memorias en la sociedad chilena actual*, Catalonia, Santiago 2006.

⁴ La iglesia quiere representar la antecedenencia de la comunidad a las personas y recuerda a los modernos que pretenden elegir sus pertenencias, que hay un vínculo originario con Dios y entre los hombres que hace posible estas elecciones (J. Costadoat, “Católicos en democracia”, *Mensaje*, septiembre 2005, 16). Antes de poder elegir, somos elegidos y recibidos en una comunidad. Podemos hablar por que otros nos han hablado, podemos amar porque hemos sido amado, podemos darnos porque hemos sido sujeto del don.

ellos será necesario discernir *lo mejor dentro de lo posible*. Los antiguos llamaban a esto *virtud* y la encontraban en la vida de los hombres virtuosos que eran propuestos como modelos de excelencia por ser los mejores. Los cristianos hacen algo análogo al reconocer a los santos y proponerlos como ideales. El que los modernos valoremos los procedimientos y las reglas para garantizar lo justo y que sepamos que los contenidos ideales no son atributos naturales inmodificables sino histórico-culturales, variables y plurales, no nos obliga a relegarlos al ámbito privado. El político cristiano ni puede aducir neutralidad en materias tan fundamentales ni intentar imponerse por medios que prescindan del debate democrático. Lo dicho vale tanto para las cuestiones llamadas “valóricas”, como para las ecológicas, sociales y culturales de cualquier orden.

Estimamos que los partidos políticos que pretenden inspirarse en el humanismo cristiano deben traducir y concretar estos aportes en sus propuestas ideológicas y programáticas. Conviene mantenerlos unidos, pues por un lado, aquello que ordena y juzga cualquier comunidad (sea regional, local, comunal, sindical, étnica, religiosa, civil o política –incluida la comunidad nacional) es el lugar que ocupan en ella los más pequeños y, si son atendidos con preferencia, los más desvalidos. Se impide así que las comunidades sean pervertidas y se transformen en mafias manejadas por los poderosos y los compadrazgos. Por otra parte, una opción por los pobres que no reconoce los vínculos entre las personas, ni sus peculiaridades culturales y estimaciones de lo que es bueno, puede reducir la lucha por la justicia a mera conquista del poder o a la aplicación de procedimientos abstractos.

Son aportes muy peculiares del catolicismo, y a la vez muy modernos, pues la libertad es el asunto central: *hacer real* la libertad de quienes no tienen oportunidades ni posibilidades de elegir; *enraizar* la libertad a los vínculos que la hacen posible; *orientar* nuestra libertad hacia una vida plena.

CATOLICISMO SOCIAL Y PLURALISMO MODERNO

Lo aquí sugerido es válido para cualquier cristiano y partido que quiera inspirarse en el cristianismo para su compromiso político. La preocupación por los pobres, por la regeneración de los vínculos y por vivir una vida buena es un camino por el que puede y debe transitar todo cristiano, sea de derecha, centro o izquierda. Hoy sabemos con claridad que ningún partido político puede atribuirse la representación de los postulados del cristianismo y quienes buscan actuar inspirados en la doctrina católica pueden legítimamente optar por afiliarse a muy diversas organizaciones. Así lo afirmó para sorpresa del partido Conservador –que se asumía a sí mismo como ‘el partido católico’– el cardenal Pacelli en los años 30, legitimando la posibilidad de que la Falange pudiera ser expresión de un catolicismo social y progresista. Así, pacíficamente, nos lo recordaron en la última campaña electoral los obispos de Chile al sostener que “el cristianismo no

se identifica con ningún partido político en particular”. Así lo ha demostrado la historia de nuestra patria que ha visto cómo de la identificación del catolicismo con el partido conservador, pasamos sucesivamente al *catolicismo reformado* (de la Falange, de la DC, del *socialcristianismo* en general) y al *cristianismo revolucionario* (de quienes dejaron la propia DC para apoyar al gobierno de la UP, de los ‘cristianos por el socialismo’, de quienes apostaron por la teología de la liberación).

VALORAR LA LIBERTAD

En esta historia la DC –entre otros actores políticos– ha sido capaz de encarnar en política un catolicismo social y un cristianismo comunitario que, sin verse obligado a ser conservador o revolucionario, optó por un progresismo reformista. No solo luchó por conseguir el aparato estatal sino también por construir poder social mediante un pensamiento corporativista que alentó la promoción popular, el sindicalismo, las juntas de vecinos, bajo el slogan de un *socialismo comunitario*. Al propiciar reformas que se hicieran cargo de la cuestión social, dejó en evidencia que las querellas religiosas que separaban a liberales y conservadores eran menos importantes que sus vínculos económicos y familiares en un proyecto de sociedad que excluía a las mayorías⁵. Liberado lo religioso de la hegemonía de unos pocos, liberado el catolicismo de ser justificación de determinadas tradiciones que se oponían a lo moderno, el cristianismo pudo no sólo ser social, sino también plural. Al valorar la libertad –tan reivindicada por la modernidad que ahora acogía– descubrió en su seno el pluralismo y la diversidad. La influencia de la DSI y de una iglesia que avanzaba hacia la renovación del Concilio es clara en este derrotero que fue recorrido por muchos.

Más allá de esta historia y las crisis del presente, está por verse si quienes ya no pueden ser una alternativa –un camino propio, una vía media– entre el capitalismo y el marxismo, podrán ser capaces hoy de seguir buscando y ofreciendo alternativas más humanas y equitativas dentro de esta globalización del capital y del individualismo. La preocupación por la equidad y no solo por el crecimiento; la realización de reformas en salud, educación, previsión y laborales; la concepción de que no solo somos consumidores o competidores sino ciudadanos con derechos sociales protegidos, y la convicción de que la política sigue siendo central y requiere reformas, hacen parte de esas búsquedas y alternativas. Cualquiera sea la resolución de la crisis de la DC y de la Concertación y el escenario político futuro, los desafíos que hemos reseñado siguen siendo ineludibles: revertir esta ‘comunidad de desiguales’ donde los pobres siguen siendo los últimos; recomponer los vínculos, las pertenencias, el tejido social que impide la disolución de nuestras comunidades en sociedades sin atributos; discernir democráticamente cuál es la vida buena y los ideales de excelencia a los que aspiramos, desafíos que están allí para cualquier partido político que pretenda inspirarse en el cristianismo. **MSJ**

Cf., Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Ed. Sudamericana, Santiago, 2004.